

## LA GALLAECIA ANTIGUA: DIVERSIDAD, PAISAJE RURAL, ESTRUCTURA SOCIAL Y POBLAMIENTO<sup>1</sup>

*Monserrat Delgado Borrajo*

*Manuel Grande Rodríguez*

*Universade de Vigo*

### Resumen:

El panorama prerromano de la península Ibérica tiene en el Noroeste uno de sus mayores desafíos a la hora de centrar una definición racional y científica de la sociedad que habitó dicha zona. En concreto, la *Gallaecia* antigua ha sido definida la mayoría de las veces como una región homogénea en cuanto a su poblamiento y sociedad, a la vez caracterizada como belicosa y guerrera. Esta definición parte de la asunción de los modelos célticos, que siguen siendo un problema histórico e historiográfico de connotaciones ideológicas. En este artículo intentaremos reflexionar sobre una definición más ajustada de la sociedad galaica, antes y después de la llegada del imperialismo romano.

**Palabras clave:** Arqueología del Paisaje, Protohistoria, Historia Antigua, *Gallaecia*

### Abstract:

The picture of the pre-Roman Iberian is in the Northwest one of its greatest challenges in focus a rational and scientific definition of the society that inhabited this area. Specifically, the Ancient *Gallaecia* has been defined most often as a homogeneous region in terms of its population and society, while characterized as bellicose and warlike. This definition of the assumption of the models Celtic, which remains an issue of historical and historiographical ideological connotations. This article will try to reflect on a tighter definition of *Gallaecia*'s society before and after the arrival of Roman imperialism.

**Keywords:** Landscape (Archaeology), Proto-History, Ancient History, *Gallaecia*.

### PLANTEAMIENTO

El estudio de la *Gallaecia* antigua supone enfrentarse al conocimiento de la Protohistoria del Noroeste peninsular, ese paso intermedio entre la Prehistoria e Historia donde las fuentes escritas son producto de agentes externos a la realidad documentada. La construcción del discurso histórico se dibuja desde la riqueza de las fuentes arqueológicas y los valiosos testimonios indirectos de las fuentes

---

<sup>1</sup> Artículo recibido el 15-10-2008 y aceptado el 19-12-2008

clásicas, más la información aportada por la epigrafía. Sin embargo, hoy en día es evidente el dominio epistemológico de la arqueología sobre las fuentes escritas ya que promueve un mayor avance del conocimiento sobre el mundo antiguo debido a la extenuación hipercrítica que han sufrido los textos clásicos. Y a la falta de adecuación entre el registro arqueológico y lo que a veces nos transmiten las fuentes. No obstante, tampoco el registro arqueológico es infalible, puesto que la realidad desenterrada no es la totalidad de la realidad histórica, y siempre existe la tendencia a hipertrofiar el valor de los objetos de prestigio que los del resto de hallazgos arqueológicos, con lo que concurre un sesgo social tanto a *priori* como a *posteriori* del desarrollo de la investigación. La riqueza de los objetos exhumados aporta un sesgo social que falsea la realidad histórica a través del registro.

La Arqueología del Paisaje ha revolucionado la percepción arqueológica de la *Gallaecia* que se integró en el Imperio Romano. Poco más de dos décadas hace que se presentaron los primeros trabajos pioneros sobre la relación entre el espacio, el paisaje y la arqueología relacionados con la *Gallaecia* antigua (Criado, 1991), que sin duda dieron un giro radical a la investigación del Noroeste (Fig. 1). Esta nueva tendencia no solo ha modernizado los problemas e interpretaciones historiográficas anteriores, sino el propio objeto de estudio. Por eso, la fructífera relación entre arqueología y paisaje ha aportado una multitud y una multivariedad de datos que han renovado el campo de investigación, con nuevos objetos, objetivos y metodologías de análisis arqueológico, que han dado un vuelco en la perspectiva investigadora.



Fig. 1 Mapa general del Noroeste y situación de los pueblos llamados galaicos por los romanos.

Dicha tendencia investigadora muestra más de una década de progresos científicos y de análisis sobre distintas particularidades de la *Gallaecia*, que han superado cierto bloqueo en la investigación post-franquista de la Cultura Castreña y la Romanización del Noroeste. Es más, se ha atacado uno de los caballos de batalla de la *Gallaecia*, su propia naturaleza y articulación estructural. Toda esta renovación y avances en la comprensión de la *Gallaecia*, permiten hacer una reflexión sobre el alcance de los progresos de su conocimiento científico, y a la vez sobre la Cultura Castreña y la dominación romana. Así como la certificación de novedosas hipótesis nacidas desde esta corriente de conocimiento.

El planteamiento que proponemos es una definición de la *Gallaecia* antigua, abandonando viejos tópicos y clichés, que han distorsionado –cuando no dificultado– su análisis histórico, aportando una visión más crítica y ajustada de la articulación estructural de dicha entidad. Elegimos la *Gallaecia* antigua, en vez de otras posibles definiciones –como Cultura Castreña o *Gallaecia* Romana– porque el término está menos problematizado. Hace referencia a una división geográfica, aunque con tintes étnico-culturales, hecha por lo romanos a su llegada al Noroeste<sup>2</sup> (Fig. 2). Tiene una clara emergencia exógena, creada por los conquistadores, pero no presupone ningún axioma *a priori* sobre la naturaleza de los pueblos del Noroeste. En cuanto a su temporalización, debe entenderse por *Gallaecia* antigua todo el periodo en el que Roma interactuó –de una u otra manera, en mayor o menor grado– con los indígenas que habitaban los castros noroccidentales. Es decir, desde el segundo tercio del s. II a. E. hasta la tardorromanidad (s. IV–V/VI d.E.). No supone un análisis en exclusiva de la *Gallaecia* ni de la Romanización de esta sino que atañe a toda la coyuntura de la emergencia histórica del Noroeste –desde la propia protohistoria– hasta el fin de su participación dentro del Imperio Romano.

---

<sup>2</sup> La geografía de la *Gallaecia* abarcaría desde el río Duero al sur, el océano Atlántico al oeste, el Cantábrico por el norte y por el este, desde el río Navia en sentido meridional por las sierras orientales gallegas (Ancares, Courel, S. Mamede) y portuguesas (Sendim, Bornes, Meles e Lama Longa). Para ver una problemática más completa y profunda de la geografía de la *Gallaecia* antes de la conquista ver Cavada Nieto (2005: 161–199) y para las diferentes ubicaciones administrativas tras la conquista (Lusitania, Transduriana, Citerior Tarraconense...) ver Sánchez-Palencia y Mangas (2001).



**Fig. 2 Mapa de la Gallaecia antigua.**

Algunos tópicos han bloqueado repetitivamente el progreso de la comprensión de la *Gallaecia* antigua desde tiempo atrás. Temas y problemáticas que han llenado páginas y páginas de publicaciones, a veces con poca fundamentación científica, y que apenas han aportado datos interesantes a la investigación (caso del debate sobre el cenit de la Cultura Castreña en época romana, o las periodificaciones de esta con datos poco fiables y cronologías nada aproximadas).

Otros temas han tomado más importancia de la debida, y aún teniendo un acercamiento científico, han centrado debates bizantinos muy reduccionistas y con escaso alcance epistemológico. Es el caso del Celtismo del s. XIX y gran parte del XX –no el de última generación, por así decirlo–, que como describe Díaz Santana

(2002), ha sido un debate a veces sin fundamento, y con más interés político que histórico/arqueológico.

Caballo de batalla por excelencia, el celtismo ha surcado el imaginario colectivo de los investigadores y la opinión pública que se ha interesado por la *Gallaecia*, y ha llevado de la mano otros atributos que han caracterizado a las comunidades del Noroeste, como su carácter guerrero/belicoso o su organización en jefaturas de corte germánico de igual modo que otros pueblos “bárbaros” de origen céltico.

En el fondo, el celtismo ha encubierto el verdadero tema trascendental para la definición de la sociedad galaica (o sociedades) protohistórica que fue incluida en el Imperio Romano, que es el estudio de la estructura económica y socio-política de las sociedades que se desarrollaron en el Noroeste, antes y después del dominio romano, pudiendo examinar los cambios sucedidos al insertarse aquella(s) en las estructuras de Roma.

Mientras, otros importantes campos de investigación han pasado desapercibidos o han sido postergados por la historiografía. Por ejemplo la cerámica castreña, que, siendo en la mayoría de los casos un fósil director de primer orden para el conocimiento material de una Cultura, ha sido soslayado por los investigadores, y aún hoy, hay escasos estudios de conjunto, coherentes, o una sistematización pública de la ergología de uno o varios yacimientos castreños. Sin embargo, con la cerámica de importación –romana o de otro origen– no ha sucedido eso, y han sido estudiadas y publicadas casi *ipso facto*.

#### LA GALLAECIA QUE SE INTEGRÓ EN ROMA: UNA FORMACIÓN SOCIAL PECULIAR.

La definición de la *Gallaecia* antigua no es un trabajo sencillo, ni mucho menos. No puede ser categórica ni definitiva sino un compendio de las características intrínsecas que manejamos para la sociedad del Noroeste, antes y después del dominio romano. Desde este punto, podremos trazar nuevas hipótesis y líneas de investigación que fructifiquen en un futuro en nuevos aportes científicos. Ya dijimos antes también, que confeccionaremos una definición sobre la *Gallaecia*,

término menos comprometido, más concreto y sencillo (al menos espacialmente) que el de Cultura Castreña, pero que puede ser extendido a esta. El término *Gallaecia* puede ser tildado de concepto artificial e impuesto por el extranjero<sup>3</sup>, pero no lo es menos que el de Cultura Castreña, aplicado también de manera artificial por la historiografía.

No obstante, nos referiremos al espacio físico-administrativo definido y sancionado por Roma (Fig. 3) y no a sus posibles raíces étnico-culturales. Es en fin, una realidad creada por Roma bajo un sustrato difuso. Es un hecho patente, la imposibilidad de llevar a cabo una caracterización étnica y cultural a través de una arqueología que marque la diferencia entre las diferentes comunidades galaicas. Se ha tendido a identificar *Gallaecia* con Cultura Castreña, pero es notorio que esta también afecta a otras regiones, y no de manera periférica, del resto de la geografía del Noroeste.

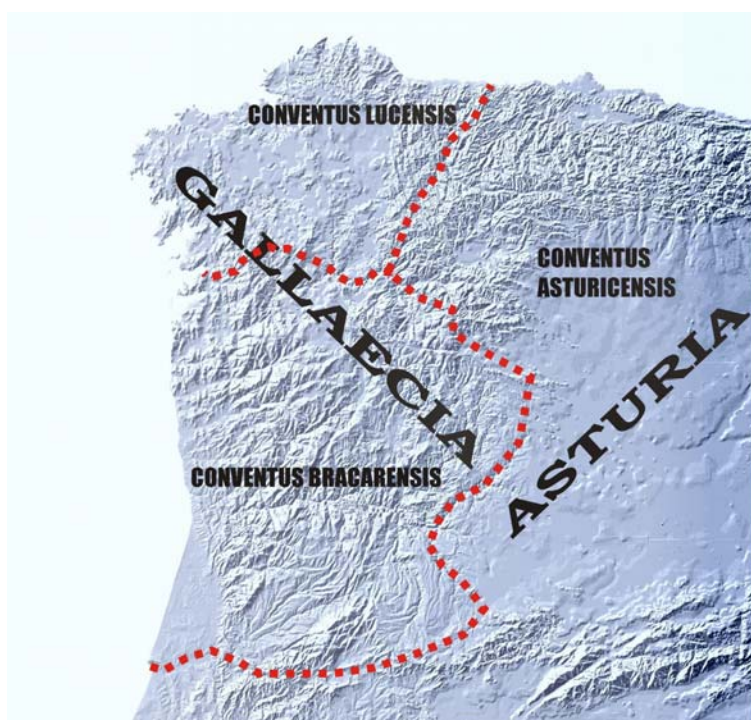


Fig. 3 Mapa de la Gallaecia romana y su división en Bracaros y Lucenses.

<sup>3</sup> Los romanos le llamaron *Galaicos* por extensión (Rodríguez Colmenero, 1996: 220) a todos los pueblos que habitan el Noroeste desde el Duero, por lo menos desde las peripecias de Décimo Junio Bruto (180–120 a.E.), llamado el Galaico (tal vez por su conquista?). Tras su encontronazo con 60000 *Callaicoi* en el río Duero, de donde era originario este pueblo (situado cerca de la desembocadura, en la zona de *Cale*), continuó sus persecuciones y prospecciones hasta el Miño y Sil. De ahí, la transliteración entre el pueblo preciso de los *Callaicoi* y el genérico atribuido a todos los habitantes de la *Gallaecia*. Crearon así una identidad supra-regional que no existía anteriormente o al menos no estaba forjada de manera política-administrativa.



El análisis del mundo galaico se introduce dentro de un problema histórico que afecta a la península Ibérica desde antaño y que permanece abierto. Nos referimos a la celtización del Noroeste, que tiene además un fuerte componente ideológico y político (Díaz Santana, 2002: 25). La teoría de las oleadas sucesivas de gentes indoeuropeas que se superpondrían a las comunidades del Bronce Final está en crisis definitivamente. Almagro Gorbea (2001) propone una celtización difusa en un mosaico disperso por el centro-norte de la península Ibérica, de manera diacrónica desde el s. VI-V a.E., frenada por la llegada de los romanos, sobre un sustrato cultural indoeuropeo antiguo, fosilizado desde el Bronce Atlántico, y detectable en rasgos lingüísticos y culturales. Es un proceso complejo, intermitente, con un escaso aporte étnico favorecido por una situación económica y cultural similar (Almagro Gorbea, 2001: 361).

Sin embargo, los pueblos del norte no parecen ser los más celtizados. Y dentro de ellos, los Galaicos tienen vínculos mucho más próximos con los lusitanos (lengua, teónimos...) que con los celtíberos, por ejemplo. La sociedad galaica castreña no parece tener un origen invasivo, sino una evolución de comunidades preestablecidas con una clara orientación agrícola. El castro es el emplazamiento económico y simbólico que sanciona la apropiación del paisaje productivo de la comunidad, donde se aplica un modelo de policultivo agroganadero fruto de una ingente diversificación productiva.

Podemos definir el mundo galaico antiguo como una sociedad campesina de base agraria, no tributaria, inserta en un paisaje rural, caracterizado por una amplia diversidad regional y con un poblamiento que, siendo particular y carismático, muestra una evolución y regionalización heterogénea, producto de una estructura de poder, primero desarrollada por sí misma y luego impuesta por Roma. Es una formación social campesina no centralizada, concretada por su producción económica y su estructura social; y doble periferia del mundo Mediterráneo, primero, de las grandes potencias productoras/redistribuidoras, segundo, de las culturas peninsulares que comercian con estas y que contactan comercialmente con los galaicos.



Intentaremos aclarar cada término desde una perspectiva integradora y reflexiva sobre la conformación interna de la *Gallaecia* porque muchas de las teorías manejadas han pecado de una excesiva compartimentación. O por el contrario han creado confusión entre modelos y situaciones prerromanas y romanas, haciendo hincapié en las diferencias de la Cultura Castreña con otras culturas peninsulares y no tanto centrando una definición propia y ajustada.

En parte este problema historiográfico ha venido precisado por el valor hipertrofiado que el castro ha tenido en la investigación de la Cultura Castreña. Es evidente que no se puede negar el valor del castro dentro de esta, ya que es algo más que un hábitat. Pero se trata de no hipostasiar el valor del castro, como tótem, como icono arqueológico-cultural, es decir, no hacer de él ni más ni menos de lo que fue en un nivel primario: un asentamiento fortificado en altura (que da forma y cohesión a la comunidad), hecho nada excepcional dentro del periodo histórico en el que se genera, la Edad de Hierro.

El problema radica en la visión demasiado reduccionista y fragmentada que ha sufrido en general la Cultura Castreña. Sólo se he conectado su conocimiento con la Edad de Bronce –sobre todo el Bronce Final– o con el mundo romano, al buscar o bien el inicio/origen o bien el final del castro. De hecho se ha llegado a situaciones tan absurdas como las de seguir analizando la Cultura Castreña dentro y bajo la dominación romana, señalando descripciones y buscando explicaciones de fenómenos cuasi opuestos al génesis y desarrollo castreño. En ello también ha tenido mucho que ver el empeño de periodificar la Cultura Castreña al igual que otras culturas protohistóricas peninsulares; de temporalizarla y fraccionarla según una variabilidad de los criterios que partían de un registro aún confuso, mal estructurado y con unas cronologías muy vagas.

Siendo así, durante una buena parte de las reflexiones e investigaciones, ha faltado perspectiva histórica, una meditación diacrónica del poblamiento castreño desde su origen hasta su fin. Sin tomar tan amplia cronología ni geografía (ya que nos centraremos en la *Gallaecia* antigua, bien definida geo-temporalmente), si podemos discernir la base explicativa del surgimiento y de los patrones





característicos de la Cultura Castreña: la definitiva apropiación y domesticación del paisaje por parte de comunidades campesinas de base agropecuaria (Criado, 1991). Este proceso –conflictivo– es la base del paisaje antiguo del Noroeste, surgida desde la sedentarización definitiva de las comunidades indígenas que lo habitan. Y puede ser analizado desde la arqueología –en concreto desde la arqueología del paisaje–, pero apoyándose en otras fuentes como las literarias o epigráficas, que dotan de mayor impacto y sentido a las hipótesis científicas generadas.

Entraremos en materia a continuación, explicando de manera taxonómica, los caracteres con los que hemos significado a la *Gallaecia* antigua.

#### DIVERSIDAD Y POBLAMIENTO

La *Gallaecia* que integró Roma puede definirse como diversa, antes y después de dicho proceso. Esta realidad aparente, ha sido postergada por la investigación arqueológica hasta hace relativamente poco tiempo. De hecho, aún hoy en día, estudios que reconocen esa diversidad (estructural, regional, social, de poblamiento...) acaban por hacer generalizaciones (por otro lado necesarias) harto simplistas y confusas. El papel del castro en este fenómeno ha sido crucial. Su extensión por todo el Noroeste ha conllevado una *tabula rasa* con respecto a los modos de vida, de poblamiento y de organización social para todas las comunidades que vivían o vivieron en ellos. Es más, no sólo se homogeneizó la *Gallaecia* (y por extensión a la Cultura Castreña) sino también al resto de pueblos septentrionales que fueron sometidos durante la Guerras Cántabras (29–19 a.E.) por Roma. La utilización de las fuentes escritas de manera explícita y desproblematizada, ha dado como resultado visiones genéricas y simplistas sobre el mundo septentrional de la península Ibérica.

La visión homogénea de la *Gallaecia* –y del Noroeste– no variaba mucho al integrarse de forma definitiva en el Imperio, ya que se mantenían unas características similares –cuando no, iguales– en toda la zona en dicho proceso, recalando la mayoría de las veces la escasa romanización del Noroeste (Arias Vilas, 1992).



Sin embargo desde hace un par de décadas, las investigaciones regionales – teorizadas y diseñadas desde la Arqueología Espacial– sobre el poblamiento y la territorialidad prerromana y romana – donde Carballo Arceo (1986) y Agrafoxo Pérez (1988) fueron pioneros–, basadas en los presupuestos de lo que luego conoceríamos como Arqueología del Paisaje; han señalado a la *Gallaecia* antigua como un espacio diverso –en el poblamiento y en el desarrollo socioeconómico– con múltiples similitudes pero también grandes diferencias palpables en el registro arqueológico.

Sin duda la Arqueología del Paisaje ha motivado un salto de calidad en el conocimiento del pasado al tener unas virtualidades plausibles cuando abordamos la investigación del fenómeno castreño y su romanización. El castro es su protagonista fundamental, porque en él se centra y se desarrolla el devenir de las comunidades prerromanas, y aún mantiene cierto papel en el mundo romano. Es identificable en el paisaje actual del noroeste de forma sencilla. De su simple ubicación y descripción física se pueden extraer múltiples datos y variables que aportan fundamentos e hipótesis novedosas y significativas. El paisaje gallego tradicional ha estado fundamentado en los modos de vida campesinos, bastante latentes y presentes por lo menos hasta no hace muchos años. Con una voluntad y tendencia económica semejante a las sociedades antiguas.

No obstante, hay otros inconvenientes que son tan perjudiciales que pueden dislocar la potencialidad denotada: el progresivo –y ¿definitivo?– abandono del rural gallego, que no solo hace que se inunde el terreno de una vegetación cuasi selvática por su densidad, sino que también se pierde gran parte de los usos, tradiciones y modelos de explotación popular que estaba arraigado en el Noroeste desde tiempos inmemoriales, y que pueden servir de apoyo a presentes y futuras investigaciones. Las nuevas infraestructuras (embalses, carreteras, líneas férreas, pistas forestales, cortafuegos...) provocan unos cambios radicales en el paisaje –cuando destrucciones y agresiones sin paliativos– que fomentan la pérdida de información definitiva del registro arqueológico del territorio antiguo.

Con respecto a estas últimas actuaciones, la arqueología de urgencia y de seguimiento, han destapado una gran cantidad de información que ha sido analizada desde una perspectiva mucho más ajustada al conocimiento del Noroeste prerromano y romano –véase sino el trabajo desarrollado por el grupo de Criado *et alii* (1993) a tenor de las nuevas infraestructuras–. Sin embargo este conocimiento no ha sido equilibrado ni racionalizado, en el sentido de que las actuaciones han sido aleatorias según las necesidades de las nuevas estructuras, no de la arqueología o del saber científico, con lo que tenemos zonas de más y mayores actuaciones (caso de las Rías Baixas, el golfo Ártabro o de las grandes ciudades gallegas) y por lo tanto de mayor y mejor discernimiento; y zonas poco afectadas (el interior galaico, por ejemplo), algunas por fortuna protegidas por su valor ambiental o patrimonial, y de las que apenas se ha extraído información, nada más que la superficial o de prospección.

El efecto de esta coyuntura es la significación de la *Gallaecia* antigua como una entidad diversa, con procesos históricos que han remarcado esa pluralidad interna, y, por supuesto, con otros espacios y culturas de la península Ibérica.

A grandes rasgos, hay varias regiones dentro de la *Gallaecia* según su variabilidad de poblamiento y organización socio-política:

■ La primera gran zona reconocible en el registro espacial es la costa occidental, las Rías Baixas y su prolongación hasta el Duero (la zona occidental portuguesa Entre-Douro-e-Minho), más dinámica y comercial que el resto, donde los contactos con las rutas atlánticas y/o mediterráneas-meridionales son muy intensos desde fechas tempranas (Domínguez Pérez, 2006).

■ La zona costera septentrional, o sea, el golfo Ártabro y sus rías vecinas, presentan una panorámica semejante a la zona anterior, con rutas marítimas económico-comerciales establecidas (con el Atlántico en su mayoría) desde un momento muy temprano del Hierro I y II, continuadoras de las rutas trazadas durante el Bronce.



Estas dos regiones presentan variaciones entre ellas y con el resto, pero a grandes rasgos muestran una ocupación selectiva del espacio, centrándose en la domesticación de los grandes valles fluviales desarrollados por los ríos principales de la vertiente atlántica gallega, y que dan forma a las propias rías (Lérez, Tambre, Ulla...). La extensión del poblamiento va de la mano con el progreso intensivo (y extensivo) agrario, descendiendo paulatinamente la ubicación del poblado en relación a la colonización de las laderas medias y tierras bajas, las en potencia más fértiles aunque sean las que ofrecen una menor protección.

Los castros de este sector tienen un mayor desarrollo y tamaño, llegando a ocupar más 15-20 hectáreas y pareciéndose en algunos casos a los *oppida* meseteños. Este hecho documenta grandes reordenaciones de poblamiento, caso de algún castro que parece agrupar a la población comarcal antes dispersa en varios y más pequeños castros -p. ej. Santa Tegra, A Guarda (García Quintela, 2007: 337)-. Se certifica así, la creación de redes regionales y posibles lugares centrales (Parcerro Oubiña *et alii*, 2007: 217 para las Rías Baixas; Fábrega Álvarez, 2005 para la comarca de Ortegá; Naviero López 1994 para el golfo Ártabro) basados en patrones aleatorios de poblamiento pero con tendencia a la regularidad (Sánchez Pardo, 2006: 12).

Asimismo, una cultura material significativa bastante semejante y homogénea propia de cada sector (Fig. 4; en González Ruibal, 2007: 281). Pero sin duda, el gran hecho diferencial de estas dos regiones es el gran contacto comercial que mantiene a través de rutas transmarítimas con los centros de poder y comercio Mediterráneo y Atlántico, recibiendo productos de estos lugares de manera directa o indirecta. Es significativo sobre todo el caso de productos de lujo y consumo de origen mediterráneo (González Ruibal, 2007: 299), traídos por los grandes comerciantes del mundo oriental, o bien por los centros de consumo peninsular que a la vez redistribuyen dichas materias (caso del mundo lusitano, turdetano o meseteño, con respecto a la *Gallaecia*).

■ La zona este de Entre-Douro-e-Minho, la *Gallaecia* interior oriental y posiblemente el flanco septentrional a los lados del golfo Ártabro (o sea Finisterre al

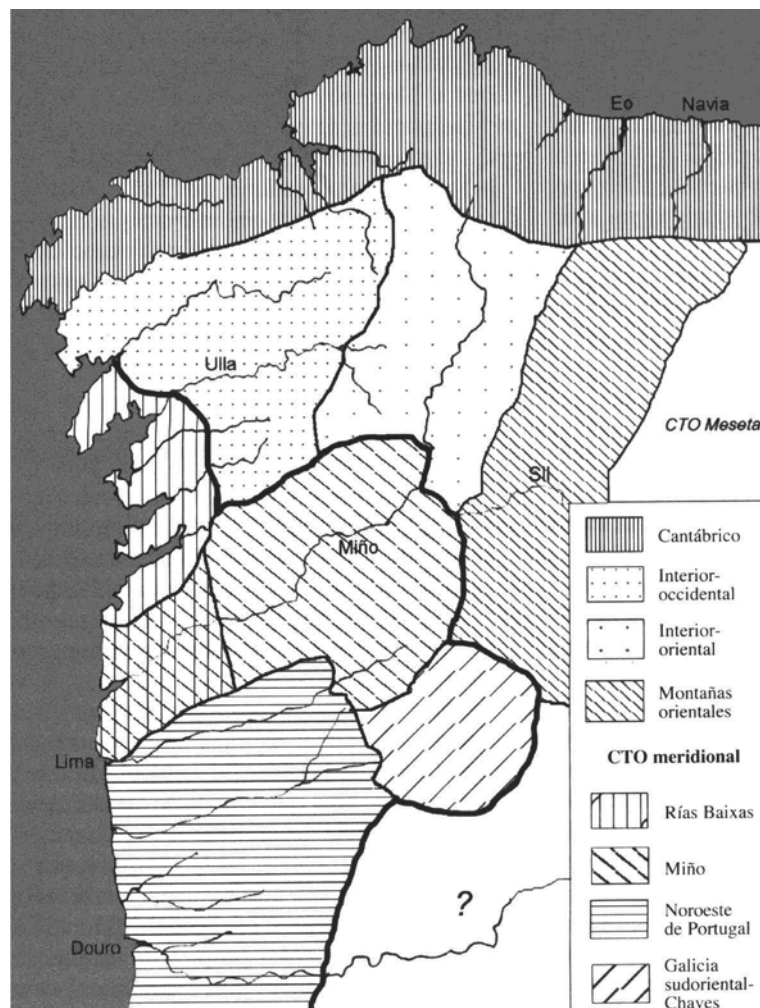
oeste y la Mariña lucense al este) conforman un paisaje semejante pero con una amplia multivariación de tradiciones, patrones o significancias, pero que quedan homogeneizadas por un ruralismo más extendido, un menor desarrollo económico y una complejidad social muy matizada. La población aparece ampliamente diseminada en numerosos castros, de escaso desarrollo y aleatoriedad en el patrón de poblamiento. A veces se ocupan pequeños valles o cuencas de la red terciaria o secundaria. Otras veces se prefiere mesetas o penillanuras extensas y abiertas, cuando no altos y cumbres más alejados de las zonas bajas y de tránsito (Fonte *et alii*, 2008: 311). Es difícil localizar lugares centrales o redes de poblamiento, a causa de su escasa empatía supralocal y comarcal, debido de una acusada autarquía económica y político-social. El trasfondo de esta disyuntiva es un escaso desarrollo fundamentado en una potencialidad económica reducida por el medio físico impuesto, que conlleva una economía agroganadera de escaso excedente y de simple autoconsumo, es decir, de subsistencia.

Su cultura material es menos refinada y de menor coste que los objetos hallados en los otros sectores, con motivos técnicos y decorativos simples (Fig. 4; González Ruibal, 2007: 281) aunque podamos encontrar piezas que sin duda llegaron hasta aquí o se generaron dentro de dicho sector, por contacto con las zonas castreñas limítrofes más desarrolladas.

La calificación de *Gallaecia* diversa no se detiene solo en época prerromana (s. II-I a.E.) en los que comenzaron los tanteos y la ascendencia del poder romano sobre el Noroeste. Sino que la propia conquista y el posterior dominio definitivo impuesto por Roma en su *Gallecia*, que va a continuar y enfatizar la diversidad regional de la zona.

El pilar fundamental sobre el que se erigió el control de los territorios imperiales fue la ciudad, pero la propia pluralidad de la geografía humana y política de las áreas conquistadas hizo que no siempre se pudiera llevar a cabo, como es el caso de la *Gallaecia* antigua. El resultado de la conquista fue la conversión de las comunidades que integraban a esta, en estipendiarias según el punto de vista jurídico-administrativo. Este hecho hizo que, en algunos casos comunidades no

urbanas fuesen tratadas como tal a través de la organización de una entidad territorial, administrativa y fiscal con facultades semejantes a la *urbs*: las *civitates*. No eran ciudades, pero funcionaban como tal, entendiendo su deber para con el control de la población y la explotación económica. Para ello Roma impone nuevos cargos e instituciones, o fomenta algunas que ya existirían, manteniendo, matizando o ampliando su poder (caso de los *principes*, *magister*, etc.). Lo esencial era el control de la región, a nivel censal, fiscal y militar.



**Fig. 4** Mapa de las divergencias regionales de la producción cerámica galaica durante la fase final del Hierro, según González Ruibal (2007: 281).

La diferenciación habitual que encontramos en la literatura arqueológica e histórica es la de regiones más romanizadas y menos romanizadas, como simple diferenciación de territorios en los que aparece más o menos, valiosos o rústicos, vestigios materiales. Pero podemos encontrar otras divisiones, distintas, que crean regionalizaciones diferentes (Pérez Losada, 2002), o al menos explicadas y

argumentadas por razones de peso y no en exclusiva por la aparición de tal o cual pieza arqueológica:

■ La zona *bracarense* (entre el Duero y el Lézrez-Sil) y la costa occidental *lucense* - hasta el *finisterrae*- es en época romana una región puntera a nivel productivo y de consumo. Se asientan las grandes rutas comerciales anteriores y se desarrollan otras nuevas –marítimas y terrestres- que van demarcar una linealidad y regularidad en los patrones de asentamiento. Se profundiza en el poblamiento de núcleos pre-existentes al poder romano, pero también se crean núcleos *ex novo* -algunos casi ciudades, centros protourbanos, tipo *fora* o *vici*, caso *Tude* (Tui) o *Vicus Spacorum* (Vigo)– en relación a los intereses políticos y económicos de Roma. Tanto estos primeros como los segundos se estructuran alrededor y en las cercanías de los puntos de clave del transporte y comercio antiguo (Fig. 5): los puertos marítimos de las ensenadas costeras del interior de las rías; los puertos fluviales de los principales ríos que ocupan las rías o ensenadas, y son navegables (Duero, Miño, Lézrez, Verdugo, Ulla, Tambre y Mandeo); y sobretodo de las vías terrestres que recorren en sentido meridiano la costa galaica y que unen los principales puntos comercializadores y productores de excedentes y manufacturas con los grandes centros consumidores y redistribuidores de estas. Es el caso de las vías XIX y XX *per loca marítima* del Itinerario Antonino, que conecta los principales puertos atlánticos importadores de objetos de lujo y distribuidores de productos de subsistencia con las capitales conventuales –*Lucus Augusti* y *Asturica Augusti*- que a su vez distribuyen entre su población y el entorno dichos productos.

El castro permanece como centro de población (algunos con un gran desarrollo y tamaño) dependiente del poblamiento protourbano y/o disperso, en una situación de complemento o suplemento según los casos.

■ El interior *bracarense* –sur de la provincia de Ourense y norte/noreste de Portugal- va a convertirse una zona de gran pujanza política y económica dentro del Imperio romano. La capitalidad y municipalización de *Aquae Flaviae* (Chaves) dentro de este sector va a marcar una romanización intensa y compleja, basada en la explotación del territorio circundante y la conexión comercial y administrativa del

mundo meridional lusitano con el interior galaico. Dentro del primer grupo, destaca la intensificación agraria promovida por Roma de los valles interiores (Sande Lemos, 1993: 227; 439) y la explotación de los recursos mineros del oriente de Tras-os-Montes y Entre-Douro-e-Minho (Fonte *et alii*, 2008: 314). A su vez, la importancia de la vía XVII, la más antigua de las trazadas en el Noroeste por los romanos, de la vía XVIII que une *Bracara Augusta* con *Asturica Augusta* convirtiéndose en el motor económico, de poblamiento y cultural del interior ourensano (Fig. 5), y de las vías secundarias que desde *Aquae Flaviae* parten hacia las tres capitales conventuales del Noroeste –*Bracara*, *Lucus* y *Asturica Augusta*–; marcan el ritmo lineal del desarrollo del poblamiento romano en el interior centro-meridional galaico, donde aparecen núcleos tan importantes como *Forum Bibalorum* (Verín), *Forum Limicorum* (Xinzo de Limia) o *Aquis Querquernis* (Baños de Bande).

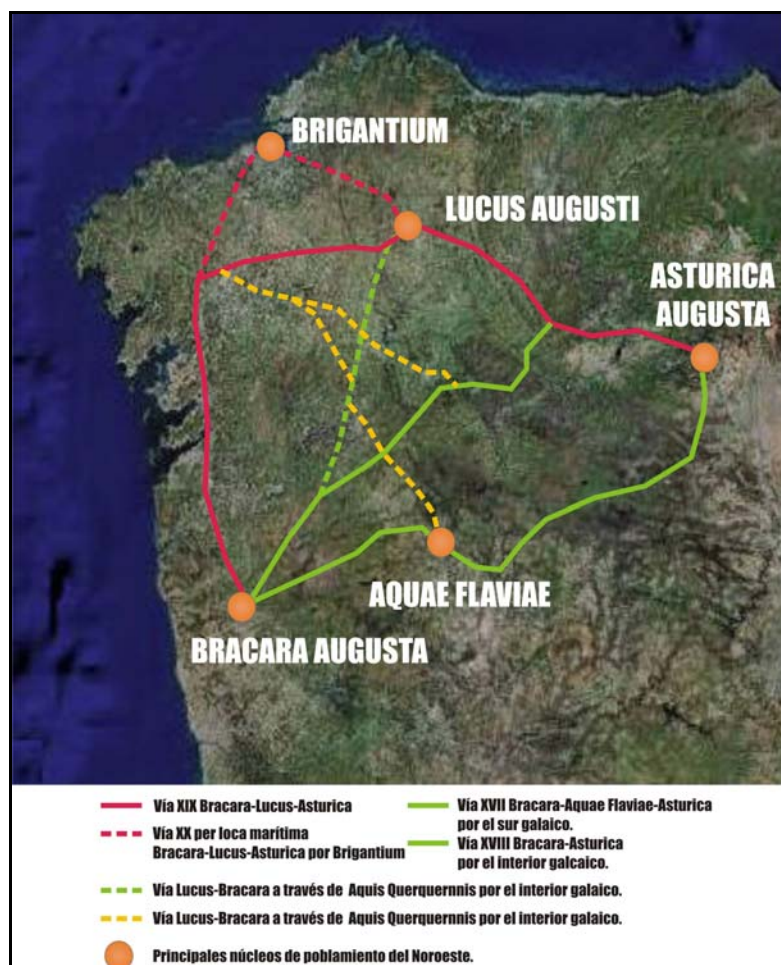


Fig. 5 Mapa del sistema viario de la Gallaecia romana (vías XIX, XX, XVII, XVIII, Lucus-Aquis Querquernis por Ourense y principales núcleos poblamiento romano en su trayecto).





El castro sigue muy presente como hábitat (no como órgano articulador socio-político como antaño) en un paisaje difícil de domesticar y en el que las comunidades aldeanas siguen siendo la base económica de la región.

■ La *Gallaecia* interior oriental, en concreto el norte de Ourense, el Sur de Lugo y el margen oriental de la provincia de Pontevedra y A Coruña<sup>4</sup>, mantiene el ruralismo preexistente con la excepción de la capital conventual lucense, *Lucus Augusti*. Centro productivo, de consumo y redistribuidor de todo tipo de productos (Rodríguez Colmenero, 2002: 335) sin embargo no crea una red de poblamiento ordenada y bien establecida en su *hinterland*. Es, al igual que *Asturica Augusta*, una ciudad impuesta por dominio e intereses romanos, no surgida de una evolución estructural indígena.

El resto, son pequeñas comunidades aldeanas –algunas más grandes que otras, pero raramente superiores a las 5/6 Ha.– que establecen una explotación intensiva y extensiva de los recursos de su entorno, entre los cuales destacan las emergencias mineralógicas de gran interés para el estado romano. Los patrones de poblamiento son muy similares dentro de esta región (Pombo Mosquera y Vázquez Varela, 2005, Carballo Arceo 1986, Grande Rodríguez 2008) y el tamaño de los asentamientos –tanto dispersos de raíz romana o concentrados de origen castreño– es muy inferior al resto de regiones estudiadas (*idem*). Como acabamos de señalar, las aldeas concentradas, que mantienen la tipología “castro”, conviven con algún centro protourbano –tipo *fora* o *vici*– de mucha menor entidad constructiva/urbana y de poder, que en el sector costero o bracarense (Pérez Losada, 2002).

La organización administrativa y del poblamiento sigue diseñándose desde la *civitas*, y algunas de ellas tuvieron a estos centros protourbanos como núcleo central a modo de capital, pero no de manera mecánica y exclusiva. Es decir, las *civitates* del interior galaico se articularon desde sí mismas, desde el propio rural, y no tuvieron necesidad de crear un centro cívico sino que la capitalidad pudo ser un

---

<sup>4</sup> Quedaría pendiente el análisis más concreto del poblamiento de la costa norte *lucensis* –la Mariña Lucense– aún hoy no suficientemente estudiada, pero que parece reproducir las características y patrones del interior oriental galaico (Arias Vilas, 1987: 12).



castro –el de mayor ascendencia– o simplemente no existir un centro único ni unívoco de poder a modo de *urbs*.

El poblamiento sigue también una trama lineal regularizada en relación a la densa red viaria desarrollada en el interior galaico, centralizada en el triángulo que forman la vía XVIII, la vía *Lucus Augusti–Bracara Augusti* por *Auriense* y *Aquis Querquernnis* y la vía XIX desde *Lucus Augusti* hasta *Asturica Augusta* (*Ponte Neviae* marcaría el final de la vía en la *Gallaecia*). De estas parten una serie de vías transversales que conectan la zona costera con la zona central gallega, y esta con las Sierras Orientales (Fig. 5).

No es este el lugar para explayarse más sobre las particularidades del poblamiento prerromano y romano porque no contamos con el tiempo ni el espacio suficiente, pero las breves pinceladas que hemos esbozado –con una zona costera y meridional de mucho mayor peso, densidad y urbanismo, y una interior y septentrional que salvo excepciones presenta asentamiento de escasa entidad, fuerte ruralismo indigenista y exiguo sentido urbano/protourbano (Fig. 6)–; son lo suficiente demostrativas de esa diversidad en el poblamiento, que ha distinguido a la *Gallaecia* antigua en los últimos siglos del mundo prerromano y durante la extensa e ingente dominación romana.

#### DIVERSIDAD, ESTRUCTURA SOCIAL Y PAISAJE RURAL

El paisaje es un espacio de poder que traduce las relaciones sociales y políticas demarcadas por la estructura económica y de explotación que una sociedad establece. Por lo tanto, la articulación y definición del espacio se debe no solo a caracteres geográficos, sino a las diferentes estructuras de poder que cada comunidad puede desarrollar. A través de la Historia podemos documentar como esta relación se reproduce según el modo de producción vigente, con relaciones de poder semejantes y asimilables (pero no exactamente iguales) que desembocan en una estructuración espacial específica. Esta coyuntura compleja es lo que entendemos por formación social, y es algo que podemos analizar y trascender a través del análisis arqueológico del territorio.

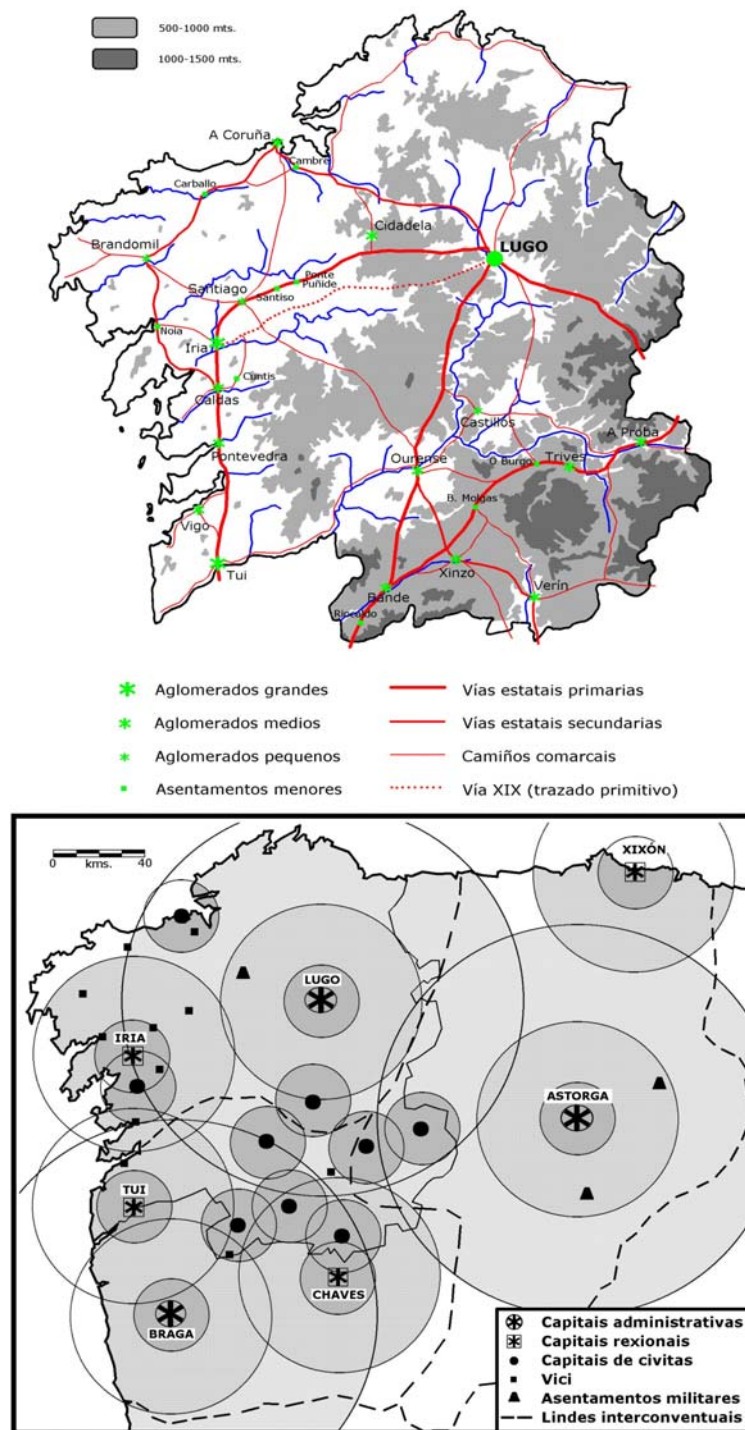


En el caso galaico, la diversidad regional y del poblamiento se manifiesta por extensión en la estructura social que reproduce. Una estructura social que deriva del paisaje económico genérico presente en la *Gallaecia* antigua: un paisaje rural. Como decíamos en la definición precedente, la sociedad galaica fue de base campesina (centrada en la producción agropecuaria) antes y después de la llegada de los romanos. La gran mayoría (por no decir la totalidad) de los productos y excedentes generados por las comunidades que la habitaron surgieron de la explotación del sector primario –agricultura, ganadería, silvicultura y minería, incluso– no del comercio o las manufacturas. E incluso los productos conseguidos mediante el intercambio se sustentaban en los excedentes del sector agrario. Esta caracterización –perfectamente estudiada por la arqueología espacial (Parcero Oubiña *et alii*, 2007: 203; Parcero Oubiña, 2002: 77)- no puede ser negada ni siquiera por los más reacios a considerar a los habitantes de la *Gallaecia* como campesinos.

El problema radica en discernir que grado de complejidad alcanzó la sociedad castreña durante el Hierro II hasta su inclusión en el Imperio romano, donde, como parte del estado romano, se transformó o amoldó a los intereses y formas de explotación y dependencia imperialistas.

Resulta evidente, que el proceso de complejización social afecta a todo el devenir de la Cultura Castreña. La sedentarización definitiva de las comunidades indígenas del Noroeste, así como la no menos importante y vital domesticación de su paisaje, cimentada en la apropiación conflictiva del mismo, repercutió de forma categórica en la sociedad castreña. Este hecho supone el eslabón que encadena a las sociedades precedentes de corte clánico/tribal del mundo megalítico, con las estratificación social definitiva impuesta por la sociedad de clase que aplica Roma desde su llegada. Es en este intervalo donde la sociedad se torna compleja, pero decir hasta que punto es harto embarazoso.

Para oscurecer todavía más la cuestión, este proceso no afectó de manera homogénea a toda la *Gallaecia*, ni en el tiempo ni en el espacio. Porque como vimos con anterioridad, el poblamiento, las bases productivas y económicas del mundo galaico, siendo semejantes no eran exactamente iguales, al menos en intensidad.



**Fig. 6** Mapa de los asentamientos urbanos y protourbanos de la Gallaecia romana según Pérez Losada (2002). Nótese la mayor densidad e importancia de los asentamientos abiertos en las zonas más desarrolladas con respecto a las menos desarrolladas.

En las zonas con una economía y un poblamiento más desarrollado, caso de las Rías Baixas, el golfo Ártabro o el occidente portugués entre el Duero y el Miño, la instauración de posibles lugares centrales y redes de poblamiento complejas, pueden indicar una complejidad social tal que denotaría la existencia de una

sociedad jerarquizada o proto-jerarquizada (Sastre Prats, 1998: 80). El mayor grado de contactos comerciales tanto locales como con el Mediterráneo, un superior tamaño en los asentamientos, una ergología de mayor prestigio y valor, a la vez que la ostentación de parte de la sociedad de algunos de estos materiales, revela una sociedad más compleja y abierta a la jerarquización de sus miembros y estructuras. En este espacio, aparecen personajes que empiezan a acaparar roles políticos –que antes ya existían pero tenían un fundamento objetivo (por ejemplo la dirección del más anciano), no falsario y orientado hacia la dominación– que en el s. II a.E.–I d.E. son patentes en estas zonas.

Mientras, en el sector interior oriental y meridional galaico, así como la costa de Finisterre y la Mariña Lucense, la estructura productiva y de explotación sobre un medio físico exigente se basa en una sociedad compleja sí, pero no jerarquizada (Grande Rodríguez, 2008: 115). Revelan una explotación segmentaria del paisaje<sup>5</sup>, que cuadran con una distribución segmentaria de los medios de producción y del trabajo productivo, donde la comunidad colabora de manera solidaria por su propia estabilidad y sustento. No son sociedades clánicas o tribales en sentido estricto, de hecho son sociedades también complejas pero que todavía no han dado el salto hacia la estratificación social, a las jefaturas personalistas o a la sociedad piramidal. Ya que ningún miembro de la comunidad poseyó en exclusiva los medios de producción, y el excedente generado tampoco fue apropiado ni manipulado por una minoría grupal que se impusiera al grupo (y que quedaría patente en el registro arqueológico) con el amparo de una parte del grupo que maneje instituciones o medidas de coerción (burocracia, administración, castas, sacerdocio o ejército profesional) que en la *Gallaecia* no parecen existir hasta el dominio romano.

La economía, tanto en las zonas desarrolladas como en las menos desarrolladas, es de base campesina. Un sistema de explotación del territorio que, sea cual sea la forma de propiedad, circunscribe un autoconsumo generado por el

---

<sup>5</sup> Es cierto que la arqueología del paisaje asume diferencias notables en la explotación del espacio local y regional de cada comunidad, al igual que la excavación de las unidades de habitación del castro también refrenda usos o especializaciones productivas de algunos miembros del castro; pero no es menos cierto que estas variadas atribuciones de ciertas aldeas o de ciertos grupos comunitarios no debieron estar fundamentados en razones estructurales, es decir, por razones de apropiación de los medios de producción. Más bien responde a actividades diversificadas (complementarias-suplementarias) que conllevarían la concreción de una sociedad compleja segmentaria pero no clasista.



equilibrio de la producción agro-silvo-ganadera. Y donde el excedente no es el objetivo primordial, y sí la seguridad en la subsistencia del grupo que permita al menos reproducirse. Una actividad agraria extensiva pero hasta cierto punto limitada de manera estructural por la cantidad de fuerza de trabajo disponible, no fundada en la disponibilidad de tierra en propiedad. Y pese a lo asumido de forma tradicional, la explotación del paisaje rural castreño (de carácter agrícola, primordialmente) posee buenos resultados y rendimientos desarrollados por las nuevas técnicas y útiles del Hierro II (Parcero Oubiña *et alii*, 2007: 203).

La inercia histórica de la evolución estructural de la sociedad del Noroeste durante el primer milenio a. E. no está diseñada desde una linealidad y homogeneidad patente. Las zonas más desarrolladas (Sastre Prats, 1998: 64) semejan más evolucionadas a nivel socio-político fruto de la complejización presente en sus comunidades y que en el umbral de los primeros contactos irreversibles con Roma se hace evidente. Una jerarquización social que no tiene que ser necesariamente económica, pero se encuentra lo suficiente asentada como para desfigurar el espacio de poder inicial de cada comunidad castreña. Las zonas menos desarrolladas aumentan su complejización en esa misma cronología (s. II-I a.E.) pero no lo bastante como para dar lugar a sociedades clasistas o estratificadas. Esto sucederá bajo control romano.

En ambas regiones –desarrolladas y no desarrolladas– la clave de la sociedad es el castro. A modo de aldea agropecuaria, encierra toda la potestad pública que la comunidad posee. No hay ningún elemento de poder estable superior al castro en el mundo prerromano. La apropiación del espacio inmediato al castro, dejando zonas de *impass* entre las aldeas certifica la imposibilidad de establecer un poder territorial amplio y coherente, desprovistos de fronteras tal como nosotros las entendemos (espacios privativos) diseñando fronteras como espacios de transición. La visibilización en el paisaje, el desarrollo de estructuras de apropiación del mismo y la protección de la comunidad, hecho patente en el diseño de las murallas, expresan la autoafirmación del grupo, autosuficiencia y autarquía frente a otros castros/comunidades. La consecuencia es una sociedad constante en los modos de



subsistencia y reproducción del grupo y afectada por transformaciones leves y graduales, algo propio de las sociedades campesinas (Shanin, 1983).

Dentro del castro, la familia es el núcleo básico de producción y articulación social, ya que organiza la obtención de sustento, consume sus resultados y dan cohesión al grupo castreño mediante la agregación solidaria en pos del común. De ello deriva que la mayoría de los intercambios centrados en la subsistencia se produzcan dentro de la propia aldea y reduzca la dependencia/contactos con otras aldeas próximas. Solo los productos de valor, lujo o escasos en el entorno inmediato al castro serían objeto de mercado intergrupar (a corta o a larga distancia), pero no todas las comunidades demandarían dicha panoplia al carecer de excedentes rentables con los que sufragar el intercambio.

Las claves de la jerarquización sería la consecución de un excedente numeroso a causa de la intensificación de la producción por la manipulación de las relaciones de producción y un militarismo creciente como medio de protección pero sobretodo de coacción al resto de la comunidad que lleva a cabo el trabajo productivo. Este proceso repercute en la riqueza de los habitantes del entorno, que debe contrastar en los ajuares dentro del poblado, y entre poblados dentro de su *hinterland*. Algo que no siempre se registra al excavar los castros galaicos.

La reflexión sobre este proceso debe ser más completa y práctica, porque los modelos teóricos utilizados para definir las sociedades campesinas aplicados a la sociedad galaica prerromana no concuerdan en algunos puntos que deben de ser reajustados o aclarados con investigaciones ulteriores (p. ej. las relaciones centro-periferia, o el desarrollo de la jerarquización desde los centros de poder, etc...). Y en donde la arqueología (en concreto la del paisaje) tiene mucho que decir.

La inclusión de la *Gallaecia* en el mundo romano va a implosionar todo este proceso, arduo de por sí. Los heterogéneos ritmos por los que avanzaban la economía y sociedad castreña en la diversidad de la *Gallaecia*, previa a las Guerras Cántabras, van a sufrir cambios inimaginables para los propios indígenas que se integraron (o fueron integrados) en el espacio político imperialista.



Sin embargo la integración en las estructuras del Imperio va a suceder de manera diferente según la región en la que nos encontremos de la *Gallaecia* antigua. Ya indicábamos al principio el carácter artificial de la ciudad en el Noroeste, fruto de la administración y los intereses romanos. Este hecho hizo que Roma no pudiera llevar a cabo el denominado proceso de “romanización” desde la imposición o inclusión de la sociedad castreña en una sociedad cívica plena. La ciudad es algo más que un continente físico de población, sino que es la muestra más patente de la desigualdad social (Sánchez, 1981: 25) al concretar las relaciones de producción entre un bloque social (llamémosle clase) dirigente que hace un trabajo no-productivo, y otro bloque que efectúa un labor productivo, y por tanto está en dependencia política y económica. Entre medio de estos dos bloques, se encontraría un fino estrato social intermedio que, es dominado, sanciona y admite la desigualdad pero que se ve favorecido en parte por el grupo dominante al encargarle un trabajo improductivo que se basa en coaccionar, reprimir o controlar ideológicamente al grupo productivo-dominado (Godelier, 1974).

Este es el modelo que Roma asume y que Roma exporta, pero que dada la diversidad del Imperio no puede imponer allá donde quiere. Por eso en el Noroeste (y por reducción en la *Gallaecia*) el dominio romano tuvo que aplicarse sobre las estructuras productivas y sociales plenamente rurales.

Las formas de explotación imperialista aumentan el poder del grupo dominante mediante la expansión espacial que conlleva la asunción de las riquezas y fuerzas productivas de ese territorio. Este proceso lleva la conversión de los hombres (reentiéndose, los indígenas) en fuerza de trabajo dependiente de la estructura imperialista. Así, el poder central robustece su dominio tanto en su espacio originario como en el nuevo espacio conquistado al aumentar su riqueza y soberanía.

Pero ¿Dónde se incluyen en la pirámide social romana a los indígenas dominados? ¿Cómo se adecua esta integración? ¿Qué procesos sufre la realidad indígena? Tras la conquista, la población y sus propiedades pasan del status *dedicti* a *stipendarii*, es decir dependientes bajo tributo centralizado. Este proceso marca la participación –en el vagón de cola– de la sociedad indígena en la articulación social





estratificada romana, pero también conlleva la aparición de un grupo intermedio e intermediario (y nunca mejor dicho) de población local que sea transmisor entre la población indígena estipendiaria y el nuevo grupo dominante extranjero. Esa es la clave de la más rápida y mayor integración en el imperio. Este nuevo bloque colaboracionista (sin el tono peyorativo actual) es el canal de comunicación bidireccional entre los explotadores y los explotados, y sale beneficiado de esta relación al acaparar excedente, recibir rentas o convertirse en propietario (o fortalecer ese papel).

La situación de la *Gallaecia* prerromana (permítase la expresión) no aporta la homogeneidad suficiente como para llevar a cabo este procedimiento de manera uniforme. Roma, utilizando los mecanismos de dominio imperialista, tiene al menos tres caminos que recorrer para centrar la explotación indígena. O bien aprovecha los modelos de control y poder social pre-existentes a la conquista romana (de haberlos); impone uno nuevo (pero diferente al modelo cívico-esclavista ante la imposibilidad de llevarlo a cabo); u opta por el camino intermedio sintetizando las dos posibilidades anteriores. De ahí, que en las zonas desarrolladas (*vid. supra*) la existencia de una jerarquía social (sea de la naturaleza que sea) posibilitó un rápido acercamiento al mundo romano y a la creación de riqueza-excedente que refuerce los lazos de interés entre Roma y el grupo local dirigente. En las zonas menos desarrolladas (*idem*) pero de gran interés para Roma (caso de las zonas mineras) se impuso de manera rápida (Grande Rodríguez, 2007: 127) un modelo desarrollado por Roma a través de la creación de unas jerarquías inexistentes hasta el momento para el control y la explotación del territorio (agraria y minera, máxime). Y las zonas de menos desarrolladas y con menor recursos minerales, o sea, más colaterales para los intereses romanos, se les asignó un modelo variable entre el impuesto y la síntesis de los anteriores, según su potencialidad, progreso y el interés romano.

Este nuevo grupo local dominante transmite los impuestos y la renta (y el resto del excedente) al conquistador, beneficiándose de esa transacción económica. Son los articuladores de las nuevas relaciones de producción y poder (orientadas por el estado central), a la vez que transmiten los nuevos modos, nuevas premisas y



nuevas técnicas productivas procedentes del grupo dominante, para garantizar el excedente (y a la vez su ascendencia sobre sus convecinos).

En definitiva, la organización del espacio se fundamenta en las diferentes estructuras de poder, y no solo en las características físicas o regionales producto de la geografía de cada lugar. Por tanto, a través de la arqueología del paisaje, podemos determinar que tipo de manipulación sufrió el territorio por parte de la sociedad que lo domina, y a su vez reproducir el modelo socio-económico que le dio forma y diseño. Es probable que esto dependa en el fondo de cada modo de producción histórico, pero la base de la aprehensión del territorio y su explotación depende de la estructura de poder concreta desarrollada por cada sociedad, resultando una determinada estructura espacial que completa la formación social.

#### CONCLUSIÓN

La definición tradicional de la *Gallaecia* antigua partía del supuesto céltico de la sociedad indígena desenvuelta en el Hierro II. Antes de la llegada de Roma existía una serie de pueblos célticos de origen indoeuropeo que, previo paso por la Meseta habían desarrollado una cultura peculiar, la Castreña. El problema del Celtismo no era tanto la pertenencia o no al mundo céltico de los castreños (que en el fondo no sería menos trascendental), sino la imposición de modelos sociales jerarquizados de tipo germánico-heroico, que daban por hecho efectos que el registro arqueológico contradecía.

Sin negar (ni entrar a debatir) el carácter céltico de la sociedad galaica, creo que hemos podido resumir la definición más adaptable a las características del registro arqueológico galaico, ampliado en cantidad y calidad por las investigaciones y resultados de la arqueología del paisaje, en connivencia con las fuentes escritas. Y esta definición tiene que partir de la concepción del paisaje rural en el que se inscribe la sociedad campesina articulada en pequeñas comunidades aldeanas de explotación agropecuaria.

No obstante, el modelo teórico presenta ciertas zonas en penumbra que hacen de resortes discordantes en el ensamblaje de la teoría y la experiencia investigadora.



No tenemos respuestas para dichas controversias. Solo podemos marcar líneas de investigación o de trabajo para buscar una solución.

Dentro de esta problemática, el principal inconveniente sigue siendo la dependencia de las sociedades agrarias de una jerarquía de poder para su desarrollo, sea a través de un estado centralizado, sea mediante una dialéctica centro–periferia.

La primera opción daría pábulo a las interpretaciones celtistas de la sociedad galaica prerromana, donde el papel belicoso y guerrero que algunos investigadores siguen reconociendo en el paisaje castreño. Este Celtismo de última generación (permítase la expresión; González García, 2007), basado en una nueva teorización y redefinición de las sociedades basadas en jefaturas heroicas y en una lectura original del paisaje antiguo, difiere del Celtismo nacionalista de corte romántico (Díaz Santana, 2002). Pero mantienen el paradigma de sociedad guerrera en el Noroeste. Esta categoría no parece funcionar de manera plausible, al menos para la totalidad de las comunidades galaicas. Las deficiencias del registro (falta de armamento, necrópolis inexistentes, dudosa jerarquización social de corte guerrero...) no dan pie a lecturas de carácter bélico. Pero aún reconociendo esta posibilidad (no desmerece la argumentación de esta corriente interpretativa; González García, 2007) podría tener una argumentación desde la perspectiva de una sociedad campesina: ser un sociedad de base agraria no jerarquizada (al menos en su totalidad) no implica ser una sociedad igualitaria y pacífica. Al contrario, la apropiación del territorio y la intensificación agraria deviene en una tensión social, una competencia, que genera violencia e inseguridad. Esta situación, unido a las propias fuerzas centrífugas y centrípetas resultantes de la complejización social produce conflictos. Lo habitual en la dinámica social es precisamente el conflicto. Y el carácter guerrero y belicoso puede venir en este sentido, no tanto de ataque sino como defensa; como seguridad del orden social desarrollado por las sociedades campesinas: como protección del grupo, como complemento económico mediante *razzias* sobre otras comunidades o como reafirmación de la cohesión intragrupal frente a peligros ajenos al castro... Es una posibilidad que deberá ser tenida en cuenta en investigaciones sucesivas.



La segunda cuestión es todavía más compleja. Está claro que la *Gallaecia* no tuvo una estructura estatal ni existía una entidad que dominase de manera integral el espacio antes de la conquista romana. Por tanto quedarían por definir las relaciones centro-periferia al hablar de la conformación de una sociedad campesina para la *Gallaecia* antigua<sup>6</sup>.

Aquí cabe discernir las redes comerciales diseñadas durante el Hierro I y II en el Noroeste, desde las cuales una serie de comunidades norteñas se vinculan con las potencias comerciales mediterráneas (Naviero López, 1991), lo que produce una mayor individualización dentro de los segmentos sociales o de las jerarquías comunitarias de los indígenas castreños, fruto de la intensificación productiva y la manipulación del excedente. Pero también los intercambios y los productos mediterráneos se consiguen de forma indirecta a través de los pueblos meridionales y meseteños que rodean a la *Gallaecia*. La zona indoeuropea meseteña (dado los contactos que demarca el registro arqueológico) y la lusitana pueden funcionar como centro de poder de la periferia galaica, desarrollando las jerarquías sociales de corte germánico en la periferia de centros tributarios y de poder, fuertes y establecidos. Así, la *Gallaecia* sería una doble periferia con respecto al universo de poder presente en la península ibérica, sea cual sea su evolución. Es otro camino abierto, que la investigación debe comprobar.

Para terminar, quedaría por dilucidar cual es el motor de la complejización social de los galaicos. Si lo fue el propio proceso endógeno de las comunidades castreñas (Gonzalez Ruibal, 2006–2007), o lo fue la irrupción de Roma en el Noroeste, mucho antes incluso que la conquista definitiva (Sastre Prats, 2001: 66, 113). No nos detendremos en negar una o afirmar otra. Es evidente la importancia de los circuitos comerciales mediterráneos, y de la importancia de la ascendencia romana en la zona desde un primer momento. Ahora bien, tampoco habría que desmerecer el desarrollo que al menos algunas comunidades castreñas –las más desarrolladas– consiguieron de manera autónoma (entiéndase). Cabe pensar a lo mejor no en una relación causa–efecto (llegada de poder romano= desarrollo de jerarquías sociales galaicas), sino en la coincidencia de dos procesos: la

---

<sup>6</sup> Siempre que asumamos los consecuentes presupuestos: que las sociedades campesinas dependan de un poder centralizado necesariamente, y que los procesos de complejización social y espacial desde el mundo segmentario dependan de un –o varios– centro de poder.



complejización social centrípeta de algunas comunidades castreñas que conllevaría la conformación de una sociedad jerárquica, y la convergencia de este proceso con la intromisión romana en la zona, que implosiona dicho proceso y la cataliza en su provecho.

Sea como fuere (algo que sin duda deberemos investigar), es incuestionable que la llegada de Roma al Noroeste no sólo es la razón de ser de la propia *Gallaecia*, entidad a la que el estado romano dota de coherencia y relevancia histórica, sino que los procesos internos de cambio del mundo indígena fueron acelerados o bloqueados según los intereses romanos, antes incluso de la conquista, rompiendo con la autarquía y autosuficiencia campesina castreña.

Es cierto que se puede tildar esta interpretación de hacer excesivo hincapié en el carácter exógeno del motor de cambio social, económico y de poblamiento, sin duda por su énfasis en la visión colonialista e imperialista de progreso, que justificaría sus resultados y peripecias. Es cierto que a veces se abusa de la importancia de Roma en algunos aspectos, pero querer negar la importancia de las dos dinámicas anteriores y prescindir de las relaciones centro-periferia, en el desarrollo de la historia del mundo mediterráneo (y su periferia, si se prefiere) es algo todavía inaceptable.

[grande@uvigo.es](mailto:grande@uvigo.es)



## BIBLIOGRAFÍA

- AGRAFOXO PÉREZ, X. (1988): *O poboamento castrexo na rexión occidental da provincia da Coruña*, Ed. Grafisant, Santiago.
- ALMAGRO GORBEA, M. (Coord.), (2001): [\*Protohistoria de la Península Ibérica\*](#), Ariel. Barcelona.
- ARIAS VILAS, F. (1987): "Castros lucenses de época romana", en *Memorias de Historia Antigua VIII*, Oviedo, pp-7-16.
- (1992): *La romanización de Galicia*. Ed. A Nosa Terra, Vigo.
- CARBALLO ARCEO, L.X. (1986): *Poboamento castrexo e romano da terra de Trasdeza*, Ed. Xunta de Galicia, Santiago.
- CAVADA NIETO, M., (2005): "[El territorio prerromano de Gallaecia](#)", en [Homenaxe á profesora Lola F. Ferro : estudos de historia, arte e xeografía](#), coord. por [Susana Reboreda Morillo](#), pags. 161-199.Vigo.
- CRIADO BOADO, Felipe (dir.) (1991): *Arqueología del Paisaje. EL área Bócelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales*, Ed. Xunta de Galicia, A Coruña.
- (1993): "[El control arqueológico de obras de trazado lineal: planteamientos desde la arqueología del paisaje](#)", en [Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología : Vigo 1993](#), Vol. 1, 1995, pags. 253-260. Vigo.
- [DOMÍNGUEZ PÉREZ, J.C.](#), (2006): "[La ruta púnica hacia el extremo occidente noratlántico](#)", en *Gallaecia*, nº 25, pags. 45–63. Santiago de Compostela.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M<sup>AD</sup>. y SANCHEZ-PALENCIA, F.J. (1996): "Consideraciones sobre la estructura social y el territorio en la *Asturia prerromana y romana*" en *Finisterres atlánticos en la Antigüedad..Época prerromana y romana*, p.45-49, Gijón.
- FERNANDEZ-POSSE, M.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*, Ed. Síntesis, Madrid.
- FERRER SIERRA, S. y GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, E. (1996): "Sustrato poboacional prerromano de *Lucus Augusti*" en *Lucus Augusti. I. El amanecer de una ciudad*, Edita Fundación Pedro Barrié de la Maza, p.329-419, A Coruña.
- FONTE, J., LEMOS, F.S., CRUZ, G., CARVALHO, C., (2008): Segunda Idade do Ferro em Trás-Os-Montes Ocidental, pags. 309-317.
- GARCÍA QUINTELA, M.V., (2007): "La organización social y política de los Galaico-Lusitanos", en *Los pueblos de la Galicia Céltica*, pags. 323–377, ed. Akal. Madrid.
- GODELIER, M., (1974): [Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas](#), Siglo veintiuno, 1974. Madrid.
- GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2007): *Aproximación á romanización na Terra de Lemos* en *Revista Minius*, p. 117–135, ed. Univ. de Vigo, Vigo.
- (2008): "[Los castros de la Gallaecia interior: arqueología, poblamiento y sociedad](#)", en revista *Herakleion*, Nº. 1, 2008, pags. 85-119.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007): "[Galaicos: Poder y comunidad en el Noroeste de la Península Ibérica \(1200 a.C. - 50 d.C.\)](#)", en [Brigantium: Boletín do Museu Arqueolóxico e Histórico da Coruña](#), Nº 19, t. 1 y 2. A Coruña.
- (2007): "La vida de los objetos castreños", en *Los pueblos de la Galicia Céltica*, pags. 259-323, ed. Akal. Madrid.



- GONZÁLEZ GARCÍA, F.J. (Coord.) (2007): *Los pueblo de la Galicia Céltica*, ed. Akal. Madrid.
- LE MOS, F.S., (1993): *Povoamento romano de Tras-os-Montes oriental* (tesis doutoral inédita), Universidade do Miño, Braga
- MARTINS, M.; LEMOS F.S.; PÉREZ LOSADA, F. (2005): “O poboamento romano dos Galaicos Bracarenses”, *III Coloquio Internacional de Gijón. Unidad y diversidad en el Arco Atlántico en época romana*. Ed. Fernández Ochoa, C. y García Díaz, P.: p. 279–296. Gijón.
- NAVEIRO LÓPEZ, J.L. (1991): *El comercio antiguo en el NW. peninsular*. Ed. Asociación de Amigos do Museo Arqueolóxico. A Coruña.
- (1994): *El golfo Artabro: arqueología e historia del gran puerto de los galaicos lucenses*. Ed. Asociación de Amigos do Museo Arqueolóxico. A Coruña.
- OREJAS SACO DEL VALLE, A. (1996): *Estructura social y territorio. El impacto romano en la cuenca noroccidental del Duero* Ed. CSIC - Centro de Estudios Históricos, Madrid.
- PARCERO OUBIÑA, C., (2002): “[Tres para dos](#): las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico”, en *Trabajos de prehistoria*, Vol. 57, Nº 1, pags. 75-95. Madrid.
- PARCERO OUBIÑA, C., [Ayán Vila](#), J.M., [Fábrega Alvarez](#), P., [Teira Brión](#), A.M., (2007): “[Arqueología, paisaje y sociedad](#)”, en *Los pueblos de la Galicia Céltica*, pags. 131–259, ed. Akal. Madrid.
- PÉREZ LOSADA, F. (2002): *Entre a cidade e a aldea. Estudio arqueohistórico dos “aglomerados secundarios” romanos en Galicia*, Ed. Brigantium-Museo Arqueolóxico e histórico Castelo de San Antón, A Coruña.
- POMBO MOSQUERA, X.A. y VÁZQUEZ VARELA, X.M. (1995): *A prehistoria no Noroeste da Terra Cha*. Ed. Diputación provincial de Lugo, Lugo.
- RODRÍGUEZ COLMENERO, A. (Coord.) (1996): *Lucus Augusti. I. El amanecer de una ciudad*, Edita Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 1996.
- (2002): “[Lucus Augusti y los inicios del urbanismo en el noroeste hispánico](#)”, en *Actas de los XII Cursos Monográficos sobre el Patrimonio Histórico (Reinosa, julio-agosto 2001)*/ coord. por [José Manuel Iglesias Gil](#), pags. 335-355.
- SÁNCHEZ, J. E., (1981): *La geografía y el espacio social del Poder*, ed. Los libros de la Frontera, Realidad Geográfica, nº 3. Barcelona.
- SANCHEZ-PALENCIA, F.J y MANGAS, J. (Coords.) (2001): *El Edicto del Bierzo. Augusto y el Noroeste de Hispania*, Ed. Fenosa - Fundación las Médulas, León.
- SÁNCHEZ PARDO, J.C., (2006): “[Análisis espacial de un territorio altomedieval: Nendos \(A Coruña\)](#)”, en *Arqueología y territorio medieval*, nº 13, 1, pags. 7-48.
- SASTRE PRATS, I. (1998): *Las formas de dependencia social en el Noroeste peninsular. (transición del mundo prerromano al romano y época Altoimperial)*, Ed. Ayuntamiento de Ponferrada Dirección General de Patrimonio y promoción Cultural, Junta de Castilla-León, Institutos de estudios Bercianos, Ponferrada.
- (2001): *Las formaciones sociales rurales de la Asturia romana*, Ed. Clásicas, Madrid.



-SHANIN, T. (1983): La clase incómoda : sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925), Ed. Alianza, 1983. Madrid.